

Fuente El Olmo de Fuentidueña tiene poco más de doscientos habitantes censados y más del 70 por ciento son extranjeros que se asentaron en el municipio para trabajar en la finca de una multinacional de los viveros

El pueblo en el que lo corriente es ser ‘forastero’ y quedarse

CLARA R. MIGUÉLEZ SEGOVIA

A Fuente El Olmo de Fuentidueña se llega por una carretera rodeada de pinares. Pueblecito segoviano, no está lejos de las Hoces del Duratón, y el mapa lo coloca a medio camino entre Cuéllar y Cantalejo. Para más señas, este pequeño municipio de 237 residentes es el que mayor porcentaje de extranjeros registra de toda Castilla y León. Estos casi triplican a los nacidos españoles, con 175 personas venidas sobre todo de Rumanía –pero también de Ghana o Bangladesh– frente a 62, según su censo.

Aunque un puñado ‘de los de toda la vida’ ha vuelto para disfrutar de su jubilación en la tierra que les vio nacer, todos tienen claro cuál es el atractivo de este punto del mapa. Ni situación geográfica, ni servicios, ni los placeres del campo. Trabajo, y uno con nombre propio, porque es la multinacional Plantas de Navarra S. A. (Planasa) la que ha transformado la zona en un pequeño polo industrial. La práctica totalidad de los que se han asentado en Fuente El Olmo llegaron a raíz de un puesto en la empresa agroalimentaria, dedicada a cultivar variedades de fresa, frambuesa o espárrago.

«Este pueblo funciona al revés que todos los demás», cuenta desde detrás de la barra Andrea Cristina Nae. «Cuando acaba el verano es cuando más gente viene, para las campañas», resume. «Españoles hay, pero pocos», sonríe. Nació en Bucarest y regenta uno de los dos bares del pueblo, en el que vive desde hace una década, porque en España está desde hace dos. No tiene tiempo para siestas ni para lujos «de rica»: la esperan para comer y marcharse a la obra. En el segundo de sus trabajos, Andrea echará unas horas más codo con codo con su ayudante y cocinero, Marin Vasilev, natural de Sofia (Bulgaria), y con Roberto García, un constructor de Madrid que lleva años trabajando en la zona. Después de todo, no falta quien necesita unos arreglos o manda construir su propia casa. «Aquí es muy difícil alquilar, la gente mantiene las casas para venir en Semana Santa y verano», relata García, botellín en mano.



En Planasa, las comunicaciones se pueden leer también en rumano // C. R.

Ha llegado otro trabajador, Alex Torok, que ahora vive a un puñado de kilómetros porque los precios son desorbitados en Fuente El Olmo. El coche es la puerta a poder tener vida familiar, porque con el ‘tirón’ de la multinacional el entorno se queda pequeño. Unas 150 personas trabajan en la finca todo el año, pero en septiembre pueden llegar a juntarse cerca de 700 para sacar ade-



Elena y Andrea Doncea posan delante del ayuntamiento // C. R. M.

lante los viveros, cuantifica la responsable de Recursos Humanos de la delegación de Planasa, Beatriz Pascual. ¿Solución? Un campamento de barracones y las antiguas escuelas alquiladas para los temporeros que opten por una solución ‘de batalla’, facilitada por la propia empresa. Pero claro, ahí, mujeres a un lado, hombres a otro. A la larga, no es un proyecto de vida, sino puro trabajo: «Si quieres hacer el amor con tu mujer, te tienes que ir al campo», sacude la cabeza Torok.

Eso sí, en lo que concierne a lo laboral, Planasa está acostumbrada a la mezcla de nacionalidades. De creación española y capital francés, su CEO es alemán, y trabaja en varios puntos de España, pero también en Polonia, Marruecos o Estados Unidos. En Fuente El Olmo es toda una institución, después de 40 años de vecindad. La relación con el municipio, refiere Antonio Aznar, gerente de las instalaciones, es «absolutamente amigable», como confirma luego el alcalde. «Aquí, por circunstancias casuales empezamos a trabajar con personal rumano, que vino durante años y en algunos casos acabó por estabilizarse», explica el gerente.

Es el caso de Dora Deacu. Después de trabajar en confección en Rumanía, viajó a Fuente El Olmo para ganar algo

de dinero en varias campañas, pero siempre volvía a casa. En 2010 se decidió a volver con su hijo, y entonces se trasladaron a la campaña segoviana. Hoy es jefa de equipo en invernadero y se confiesa «a gusto» en un trabajo apacible que le «ofrece estabilidad». Llegó a la finca antes de las siete de la mañana para preparar el material, donde enseña a otros cómo plantar frambuesa. «La gente está más tranquila si hay una ‘paisana’ que le enseña y la escucha, y aquí se encuentran con jefes de su misma nacionalidad», indica Deacu. Porque con tanto empleado de fuera, se hablan muchas lenguas. Si el cocinero búlgaro cuenta que aprendió español jugando al tute y a la subasta con unos ancianos con los que vivió, Dora lo hizo «en un par de campañas» y con el refuerzo educativo de las telenovelas, ríe. Pero Aznar matiza que «no hay nadie que por desconocimiento de idioma no pueda trabajar». «A quien no habla español, siempre le acompaña alguien al médico, al banco o a la compra», asegura.

En la actualidad el flujo migratorio rumano se ha reducido. Llegan candidatos de Marruecos o de países subsaharianos como Senegal y Mali, que contactan mediante organizaciones agrarias y ONGs. Aznar lo achaca a una

cuestión de desarrollo económico (Rumanía ha alcanzado un mayor nivel de bienestar), aunque sí manifiesta que en general escasean más los interesados. «No hay mano de obra suficiente que pueda o que quiera trabajar en agricultura», admite.

Por necesidad o por placer

Horas más tarde, Livio, de 23 años, le dará la razón sin saberlo, desde la terraza del otro bar del pueblito. A las tres de la tarde, un sol de justicia cae a plomo sobre la plaza Mayor de Fuente El Olmo. «Con la pandemia hemos tenido mucho trabajo, no podían venir más extranjeros y en muchos casos los españoles no han querido trabajar», sostiene. Su explicación es simple: «No quieren seis o siete euros la hora; quieren nueve y estar a la sombra», resume. Rompe una lanza en favor de los migrantes que reciben comentarios racistas y pide que nadie les acuse de «robar» puestos. «Estamos aquí por necesidad, no por placer», afirma el joven, «y si el campo no trabaja, la ciudad no come». Él tenía casa en Rumanía, pero la vendió para seguir a su madre, y ya en el instituto le llamaban «chatarretero» sólo por ser rumano. Ahora dobla el lomo, como todos, en Planasa, y com-



Vista exterior del campamento para temporeros de Planasa // C. R. M.

parte bromas en tono desentendido con los que saludan al entrar, sentado con Mario (que preferiría vivir en la ciudad pero no puede permitírselo), Nicoleta o Rodrica.

La joven Andrea Doncea, hija de los propietarios, saca platos de macarrones y cervezas para los trabajadores que recalán en la terraza como si fuera una playa, sedientos de sombra. Tostados y cansados, recuerdan a los agricultores de antaño, esos que iban a misa con la marca del sol en la frente allá donde no llegaba el sombrero. Ahora en Fuente El Olmo la iglesia es poco po-

Marin Vasilev, Andrea Nae y Roberto García, en uno de los bares // C. R. M.

Mayor proporción extranjera de Castilla y León

La realidad que reflejan los datos censales proporcionados por el alcalde –según los que el municipio supera las doscientas personas– ‘se come’ a los números centralizados pero, aun así, la delegación provincial del INE en Segovia corroboró a este periódico que de los 135 habitantes que registraba la localidad a 1 de enero de 2021, 67 eran extranjeros. Es decir, casi la mitad, algo que los datos locales acentúan. El Instituto confirmó que, si bien otros municipios, como Carabias (igualmente en la provincia de Segovia), también cuentan con un grueso número de ‘forasteros’, Fuente El Olmo se mantiene en lo alto de esta lista.

de las mujeres, pero la joven se explica. «Son los amigos, la familia, pero hasta la misma comida, que no tiene el mismo sabor aquí», valora, desde sus 22 años, de los que siete son vividos aquí. Y eso que preparan especialidades rumanas –Olga está casada con un español que es fan incondicional de su cocina– y hasta el peruano del pueblo pierde la cabeza por el sarmale, coinciden, un plato típico de rollitos de carne con repollo.

Pepe y Carlos, sin embargo, son de ir a por berros o por níscales, y no se animan con la cocina rumana. Se quedan con la de Segovia, con su asado o sus sopas de ajo. Así lo comentan en el ayuntamiento, que es donde el regidor charla con uno de sus ‘quintos’, Carlos Abad. Como él, es de los escasos oriundos del pueblo, y ha vuelto de mayor «para descansar en la tierra, por placer». El vecino dice que no se juntan demasiado: «El trato es de hola y adiós, con los partidos de fútbol o fiestas te tomas una cerveza y hablas algo más. Si no, están ellos por un lado y los españoles por otro», refleja.

Elena, que también nació aquí –trabajó en Planasa y lo cambió por un puesto de secretaria en Madrid– ve al pueblo más unido. De hecho, las tensiones de convivencia se las atribuye al regidor. Según esta vecina (que también ha vuelto al pueblo a disfrutar de la calma), el alcalde obstaculiza la actividad de la asociación cultural vecinal, que se encarga de organizar los eventos que vertebran el calendario social de Fuente El Olmo. En cualquier caso, ella está contenta de que el lugar no sea un mero sitio para retirarse. «Los extranjeros vienen, pagan alquileres, tienen niños o se encargan de los bares. Sin ellos esto estaría muerto», valora Elena. Y con eso se queda. Gracias a ellos, el pueblo que tanto ama tiene algo más que contar, aparte de pinos y estrellas.